

En el centenario del *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes*¹

Mirla Alcibíades

RESUMEN

En 1995 se cumplió el primer centenario del *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes*. Como en todo libro fundamental, éste guarda una historia que le antecede y que le continúa. En estas páginas se la organiza. Por esa razón, se presentan las tres etapas que dan cuenta de ese proceso. En primer lugar, la reconstrucción de las circunstancias que sirvieron de génesis para su preparación. En segundo lugar, la fase de elaboración del mismo. En tercer lugar, la recepción que tuvo el que, a juicio de muchos, constituye uno de los esfuerzos editoriales más encomiables de los que se produjeron en Venezuela durante la pasada centuria.

PALABRAS CLAVE

Primer Libro Venezolano, positivismo, siglo XIX, Jesús María Herrera Irigoyen, Julio Calcaño, Eloy G. González.

1. UN CENTENARIO Y UN OLVIDO

Para la edición de *El Cojo Ilustrado* correspondiente al 1º de enero de 1896, su director-fundador, Jesús María Herrera Irigoyen, concibió la idea de regalar a sus lectores con un impreso cuyo rasgo definidor podría ser conceptuado de exquisita elegancia. El propósito manifiesto era la celebración

1 Este texto fue escrito en 1996. Inconvenientes de variada índole impidieron su publicación en aquel entonces. El momento de su escritura explica el carácter circunstancial de muchas expresiones; no obstante, he optado por ofrecerlo como lo formulé en ese tiempo.

del cuarto aniversario de la revista. Ese número reprodujo, en tamaño reducido, los manuscritos que los colaboradores nacionales del quincenario enviaron por expresa solicitud de la dirección. Los cuidados, finos y elegantes trazos caligráficos iban acompañados de una pequeña fotografía del autor, inserta en el ángulo superior izquierdo del recuadro. El resultado que obtuvo Herrera Irigoyen fue una realización material tan inobjetablemente lograda que recibió los más prodigados elogios por parte de la prensa caraqueña de aquel entonces. En total sumaron trecientos diecisiete autógrafos, que representan la opinión sobre cultura y literatura de los nombres más selectos que nutrían la vida intelectual venezolana de finales de siglo. De todas las colaboraciones que fueron enviadas a Herrera Irigoyen, quiero recuperar en este momento la que lleva la firma de César Zumeta, porque viene a propósito para esta ocasión. Una parte del manuscrito de Zumeta dice así:

El Cojo Ilustrado pasa hoy revista á la legión de los llamados; la posteridad la pasará un día al grupo de los elegidos: y dijérase que de entre la brillante desfilada de tantas esperanzas y de tanta noble ambición se oye surgir el clamor del antiguo circo: ¡Oh, Tiempo! los que van á ser olvidados, te saludan (p. 73)²

1.1. En 1995 se cumplió el centenario del *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes* y tal parece que en ésta, como en otras oportunidades, se irguiera amenazante el terrible clamor que sobrecogía la esperanza de Zumeta. Y sostengo lo dicho porque para quienes esperábamos los actos, homenajes y/o recordatorios que se acostumbra prodigar en estos casos, fue ingrata la experiencia de advertir el silencio tan denso —así como inexplicable— que rodeó esa fecha aniversaria. Ante ese desalentador panorama, quise colocarme al margen de tanta pasividad silente. Es decir, me propuse ejecutar el gesto decidido de quienes, como en el antiguo circo romano, oficiaban el saludo de respeto y reconocimiento.

El primer asunto a dirimir surgió de inmediato: el enfoque que debía caracterizar mi propuesta. ¿Optaba por inscribir mi intento en el grupo de los discursos encomiásticos de ocasión, cargados de frases y adjetivos altisonantes?, ¿favorecía el elogio sin cortapisas o, más bien, privilegiaba otro tipo de intento? Esta última salida me pareció la apropiada. Convencida de la legitimidad de esta orientación, en estas páginas quiero actualizar el sentido que, entiendo, debe servir de soporte a una reflexión que nace como acto recordatorio: estudiar la figura o, como en este caso, el discurso objeto de homenaje en su significación histórica.

2 En ésta, como en sucesivas oportunidades, he optado por mantener la ortografía original.

Para cumplir con ese objetivo, intento canalizar este propósito en tres etapas bien determinadas: la reconstrucción de las circunstancias que alimentaron el proyecto, la fase de preparación del mismo y, finalmente, la recepción que tuvo el que, a juicio de muchos, constituye uno de los esfuerzos editoriales más encomiables de los que se produjeron en Venezuela durante la pasada centuria.

2. MÚLTIPLES REQUISITORIAS CONTRA EL SECRETARIO PERPETUO DE LA ACADEMIA VENEZOLANA DE LA LENGUA

En lo que se refiere al primer propósito: reconstruir las circunstancias que contribuyeron a concebir el proyecto, conviene recordar que, efectivamente, el Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes tuvo unos antecedentes muy puntuales, que bien merece la pena se les recupere en este instante. Hasta donde alcanza mi información, esos antecedentes no han sido reconstruidos satisfactoriamente por nuestra historiografía cultural y literaria. Por tal motivo, me parece que resulta una justificación adecuada para un intento como éste que, concebido como homenaje, nos va a permitir adentrarnos en esa infrahistoria.

2.1. Sucede que el año anterior a la publicación de esta obra —en febrero de 1894 para ser exacta— el narrador, poeta, gramático, crítico e historiador literario, Julio Calcaño, había publicado en el *Diario de Caracas* el trabajo que tituló “Estado actual de la literatura venezolana”. En ese discurso quiso atender la solicitud que le formulara F. de la Fuente Ruiz, editor del *Repertorio de Literatura Hispano-Americana* (de España), de elaborar una “reseña del movimiento literario de Venezuela en los presentes días”. Esas eran las palabras introductorias del texto que apareció en ocho entregas³, entre el martes 20 y el miércoles 28 del citado mes, ambos inclusive.

Las reacciones a que dio lugar el escrito de Calcaño se produjeron de forma casi inmediata. Los conceptos emitidos por éste levantaron una polvareda donde se dijeron y se cruzaron muchas opiniones. Las páginas periódicas de ese año —sobre todo las de *El Republicano*, *El Tiempo* y, desde luego, el *Diario de Caracas*— se convirtieron en el canal privilegiado a través del cual se dispararon los más feroces dardos contra el autor de la citada reseña. Se argumentaba que la posición de Calcaño era inaceptable vista su actitud marcadamente parcial en algunos casos, e injustificadamente censora en otros. Se decía que aplicaba un criterio de inclusión y exclusión de

3 Es decir, en un lapso de nueve días. Según era característica de la prensa diaria de la época, el *Diario de Caracas* no circulaba los domingos.

nombres francamente divorciado de los hechos concretos. En fin, se manifestaban muchos desacuerdos con la mayoría de las opiniones allí expresadas.

No cabe duda que entre el cúmulo de protestas que se juntaron en contra del ilustre Secretario Perpetuo de la Academia Venezolana de la Lengua, las que alcanzaron mayor virulencia fueron las publicadas desde el diario *El Republicano* de Luis R. Guzmán y Antonio Valero Lara⁴. Sin lugar a dudas, un inusual protagonista llevó la voz cantante en este enfrentamiento contra Calcaño: el veinteañero Eloy Guillermo González (1873-1950). De hecho, le correspondió a este joven escritor abrir la contienda a partir del mes de marzo —pocos días después de conocerse públicamente el resumen citado— desde las páginas del referido diario. Fue una larga cadena de artículos, notas y opiniones que me parece necesario reseñar en este momento porque, en su mayoría, son desconocidos por el lector actual; no obstante, me voy a excusar de comentar esos discursos en beneficio de la brevedad.

La primera entrega, salida de la prolífica mano de Eloy G. González, fue "La actual literatura venezolana", texto aparecido el 12 de marzo y completado en las ediciones del diario del 13 y 15 del mismo mes. No obstante, debo señalar que él no fue el único en oponerse al académico. Al día siguiente (el 16) la mencionada publicación incluye otro escrito, esta vez sin firma, titulado "Literatura venezolana", cuyo autor no puede ser otro que el Director y Redactor del diario, Luis R. Guzmán, porque un comentario del escrito compromete definitivamente la responsabilidad de la redacción de *El Republicano*. Lo dicho se aprecia cuando, en determinado momento, se le dice al lector lo siguiente:

Pues bien: ahora se han acercado a ésta redacción varios literatos, á instarnos á que provoquemos una reunión de escritores, con el objeto no de refutar al señor Calcaño, sino de escribir al señor de la Fuente Ruiz editor de la Revista ya citada, una carta firmada por muchos, en que se llenen las omisiones del Secretario perpetuo, se rectifiquen algunos juicios erróneos, se muestre mejor parado nuestro estado literario y la honra patria en el lugar de donde nunca debió bajarla quien tenía la responsabilidad y el deber de acatarla.

De manera, pues, estamos comprobando que la reacción individual de E.G. González, muy pronto, comenzaba a adquirir las características de un movimiento de proporciones mayores. Ello explica la significativa lista de interlocutores, probablemente no deseados por Calcaño, que se sintieron llamados a valorar lo que éste había escrito.

4 Sobre los fundadores de *El Republicano*, puede verse *El Cojo Ilustrado* del 15 de marzo de 1893: 99-100.

Durante el mes de marzo es obligación, como ya he asomado, mencionar recurrentemente el nombre de Eloy González. En efecto, lo vamos a seguir encontrando muchas veces después del 12 de marzo. En la edición del 19 de ese mes se inserta su próxima reflexión, la que titula "Los recusados de Julio Calcaño". En cierto momento el autor hace el comentario que sigue: "Esos jóvenes tan desdeñados por el señor Calcaño (...) nos proponemos inaugurar el SALON LITERARIO con los que ha recusado el señor Calcaño en la causa de las letras patrias".

El 21 de marzo, decide ampliar el título que había utilizado para su artículo anterior ("Los recusados de Julio Calcaño"), como una manera de anunciar su intención de llenar los "vacíos" dejados por el académico. El enunciado que encontramos ahora es, pues, más puntual, "Los recusados del señor Calcaño. Luis López Méndez". El 28 da a conocer "Los recusados del señor Calcaño. Doctor Lisandro Alvarado". El día 26 del mismo mes los lectores de *El Republicano* encuentran una "Reivindicación del verdadero estado de las letras patrias", que aparece bajo la responsabilidad del Redactor. La idea central que propone Luis R. Guzmán se formula de esta manera:

Con el objeto de organizar los trabajos relativos á la reivindicación de los fueros de la literatura nacional, el Redactor de *El Republicano* invita para una reunión general pasado mañana miércoles, á las cuatro y media de la tarde, en la oficina del periódico.

Entre otros propósitos, la reunión tenía por objeto llevar a cabo el nombramiento de la Junta Directiva⁵ que se responsabilizaría de ese trabajo de coordinación, al tiempo que buscaba: "Designar los escritores que han de tratar especialmente las diferentes materias de nuestra literatura"⁶. Como se advierte, la iniciativa original que tuvo Eloy G. González de inaugurar un Salón Literario adquiriría una dimensión más amplia en la propuesta del Redactor de *El Republicano*.

5 Esa Junta quedó conformada por: Dr. Lucio Pulido, Dr. Andrés A. Silva, Dr. Rafael A. Seijas y los señores Tomás Michelena, Pedro Manrique, Francisco de Sales Pérez, Domingo Santos Ramos, Carlos Pumar y José Núñez de Cáceres (Cf. "Asociación Nacional de Literatura". *El Cojo Ilustrado*, 15 de agosto de 1894: 308).

6 En la misma edición de *El Cojo Ilustrado* que cité en la nota anterior, se ofrece la lista del elenco seleccionado: general Pedro M. Arismendi Brito, José María Martel, Andrés J. Vigas, Eloy G. González, Luis R. Guzmán, M. Landeta Rosales, Eugenio Méndez y Mendoza, Pedro Manrique, Dres. Laureano Villanueva, Rafael Villavicencio, Pablo Acosta, Alejandro Urbaneja, Tomás Mármol, Nicomedes Zuloaga, Adolfo Frydensberg, Domingo Santos Ramos y Ezequiel María González.

Es evidente que la idea de asociarse surge al mismo tiempo como proyecto de dos generaciones. La primera, la de los bisoños, los estudiantes de la Universidad, al frente de los cuales fulgura la pluma de Eloy Guillermo González. La segunda, la de los intelectuales en la medianía de edad (alrededor de los 40 y 50 años), en su mayor parte graduados universitarios (Adolfo Frydensberg era doctor en medicina; Alejandro Urbaneja, doctor en Ciencias Políticas; Rafael Fernando Seijas y Nicomedes Zuloaga, doctores en derecho civil, etc.) o, cuando menos, en el ejercicio de alguna profesión (como el director de *El Republicano* y Carlos Pumar, cada uno al frente de un periódico; Eugenio Méndez y Mendoza, o Pedro Manrique, fundador de la Escuela de la Verdad). Son estos últimos los que, en definitiva, organizan el trabajo colectivo y los que tomarán las riendas en la etapa de elaboración del libro cuyo centenario invoco.

2.2. En esa idea espontánea, sin contornos definidos, se encuentra el origen de la Asociación Venezolana de Literatura, Ciencias y Bellas Artes. La idea surgida de una mente juvenil como una manera de paliar las limitaciones de un trabajo de reflexión histórica-literaria, es retomada y cargada de un sentido más amplio y ambicioso por un grupo de intelectuales de mayor edad, para convertirla en impulso vigoroso en la medida que iban pasando los días.

Ratifica lo que sostengo la circunstancia de que el secretario de la Asociación —quien termina elaborando el "Discurso preliminar" del *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes*— sea Rafael Fernando Seijas, hombre que, a la sazón, estaba pronto a cumplir los 50 años. Nótese que las comunicaciones publicadas en la prensa diaria de entonces habitualmente llevan su firma, como portavoz de la Asociación. Los miembros de otras generaciones que aparecen en la Junta Directiva no suelen figurar de manera pública, como sí lo hace Seijas o como sí lo hizo, en un comienzo, Luis R. Guzmán desde *El Republicano*. En las páginas de *El Cojo Ilustrado* se publican las semblanzas biográficas de los intelectuales que colaboraron con el volumen, siempre bajo la firma del Secretario.

Del elenco de jóvenes que habían concebido la creación del "Salón Literario", el de los estudiantes universitarios, sólo logrará inscribirse en la obra impresa —gracias a su reconocida participación y a los méritos que acumuló en todo este debate— Eloy G. González. Pero el resto del grupo terminó relegado a la condición de simples espectadores pasivos porque, de acuerdo al giro que tomaron los acontecimientos, fueron los de más edad los que terminaron por centralizar el trabajo a través de la Asociación.

Lo interesante de esta intensa dinámica es que trasciende la manida explicación resuelta en los términos de enfrentamiento generacional, que una visión simplista se aventuraría a especular. Lo que estoy diciendo con

esto es que la disparidad de pareceres evidenciada en la polémica fue mucho más que un desacuerdo entre románticos, de un lado —apertrechados en la Academia de la Lengua y emblematizados en don Julio Calcaño—, y los positivistas, por el otro. Sí es demostrable que estos últimos tuvieron un protagonismo fundamental en esa cadena de eventos que pasaré a recordar de inmediato, pero también se debe decir que en el otro extremo aparece un solo opositor, una sola figura, la misma que dio pie a tanta incomodidad colectiva. Es cierto que hubo desacuerdos, pero no me convence la idea del enfrentamiento generacional porque no hubo dos interlocutores plurales: hubo una voz contra la cual se levantó un clamor orquestado en el cual figuraron muchos. Da la sensación de que sólo estaban a la espera de un motivo para justificar las desavenencias.

Me parece que este último hecho es importante porque asoma un aspecto pocas veces tomado en cuenta: una persona emite una opinión (Calcaño) y, de inmediato, un coro de voces en desacuerdo se abalanza a propinar desmentidos, sin que la parte que originó la reacción colectiva trate, siquiera, de defender sus puntos de vista. Lo que sí es comprobable es que, a los pocos días de iniciada, la trifulca verbal (insisto, casi siempre en vía unidireccional) fue adquiriendo las características de un movimiento de proporciones mucho más ambiciosas de lo que cabe imaginar, pues aglutinó miembros de muy diversa edad y adscripción grupal. Puede advertirse la enorme distancia cronológica que hay entre Pedro Arismendi Brito, nacido en el 32; Tomás Michelena, en el 35; Francisco de Sales Pérez que se ubica en 1836; Rafael Fernando Seijas, cuya data de nacimiento es de 1845; y Eloy Guillermo González quien había nacido en 1873, por citar sólo algunos casos ilustrativos.

Para seguir con la revisión por grupos de edad, corresponde, entonces, plantear el problema que se vincula con los demás participantes que concurren con su apoyo y su trabajo a la redacción definitiva de la obra: Rafael Seijas (padre de Rafael Fernando Seijas), Pedro Arismendi Brito, Tomás Michelena, Laureano Villanueva, Ezequiel María González y Ramón de la Plaza (quien había fallecido en 1887, y cuyo trabajo en el volumen final resultó el resumen hecho por la Asociación de su libro de 1883⁷).

Constituye tema de interés el estudiar la voluntad que movió a estos hombres, que rebasaban la edad sexagenaria, a unirse con los representantes de dos generaciones (la mediata y la inmediata a ellos). Quizás este fenómeno podría leerse como un cuestionamiento a lo que admite ser

7 Apunto aquí a *Ensayos sobre el arte en Venezuela*. Caracas: Imprenta al vapor de "La Opinión Nacional", 1883 [2ª ed. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República (Colección Clásicos Venezolanos, Nº 6), 1977].

interpretado como la hegemonía de Julio Calcaño en la Academia; probablemente, se trató más bien de un enfrentamiento entre Academias visto que Ezequiel María González, Andrés A. Silva, José Núñez de Cáceres, Rafael Seijas, Pedro Arismendi Brito y Laureano Villanueva eran miembros de la Academia de la Historia. En todo caso, este problema no pretendo resolverlo en esta oportunidad, queda la interrogante abierta para futuras investigaciones.

Por el otro lado, también es pertinente mirar estos hechos desde otra óptica, a saber: qué llevó a los que, en definitiva, organizaron el volumen a incorporar en su proyecto de reivindicación de las letras patrias a los mayores. Es probable que el grupo de edad mediana (los que prefiero definir con el denominador común de positivistas porque, en su mayoría, se formaron en las aulas de la Universidad, en los tiempos de predominio de esta corriente de pensamiento), no contaban entre su grupo con especialistas para cubrir las áreas de interés que la generación que les precedió sí dominaban. Es probable también que sintieran que, en ese momento, las reflexiones y orientaciones de sus enfoques no entraban en colisión con la perspectiva de análisis de los mayores. También es factible que los identificara el espíritu universitario, porque el grupo de los académicos de la historia también estaban, en su mayoría, vinculados a la Universidad (ya como egresados o como profesores: Ezequiel María González era profesor de la Universidad, Laureano Villanueva, médico, etc.).

En suma, el denominador común de todos esos trabajos, los aportes de los miembros de la Academia Nacional de la Historia y los de los positivistas, se puede resumir en dos coincidencias básicas: la tendencia a privilegiar panoramas de conjunto y el afán sostenido por todos ellos de registrar el mayor número posible de nombres y de datos puntuales y precisos. Creo que una de las cimas de ese intento está representado en el aporte del más joven, Eloy G. González. "El periodismo en Venezuela" es un texto que registra (y no podemos olvidar que lo hizo en una época cuando no se disponía de bibliotecas mayormente especializadas) casi 650 títulos de publicaciones periódicas venezolanas aparecidas en el siglo XIX. En otro sentido, este veinteañero constituye una excepción, después de todo es el único de los nacidos en la década de 1870—de donde surgieron los escritores consagrados en el período de hegemonía modernista— que forma parte del grupo de autores del libro centenario (otro argumento que va en contra del esquemático enfrentamiento entre generaciones).

En definitiva, queda el resultado: un volumen en el cual se percibe el afán de recopilarlo todo, de registrar los datos, de agotar el acopio de las fuentes. Son los principios que, no podemos olvidar, revelan su inocultable vinculación ideológica y metodológica con el positivismo, en esa voluntad de reunir y

organizar los materiales y documentos, sin los cuales se hace imposible el estudio, así como se torna inalcanzable el establecimiento de los principios que rigen la sociedad.

2.3. Pienso que no faltan razones para sospechar que, en un ala del edificio de palabras que se construyó, se deje colar el enfrentamiento entre Academias que he aludido. Los hechos así lo demuestran. Hasta ese momento la andanada de reclamos, reconvenciones y censuras habían estado dirigidas exclusivamente contra Julio Calcaño pero, muy pronto, las miradas se dirigieron hacia la institución que éste representaba. En ese contexto se entiende la nota sin firma aparecida en el diario de L.R. Guzmán el 29 del mes de marzo que llevaba por título "La Academia de la Lengua y su secretario perpetuo". En determinado momento se llamaba la atención en torno al hecho de que —no obstante la efervescencia colectiva que ya conocemos— "hasta ahora la Academia (...) no ha dicho esta boca es mía". Al día siguiente, 30 de marzo, vuelve a verse la firma de Eloy G. González al pie de "Los recusados de Julio Calcaño. César Zumeta". Esta serie la cierra en la entrega correspondiente al 12 de abril con "Los recusados de Julio Calcaño. Alejandro Urbaneja".

Pero volviendo a los renovados ataques contra la Academia y su Secretario Perpetuo, se puede entender porqué, en la medida que las miradas acusadoras se dirigieran a esa institución, Julio Calcaño se comprometiera a dar una respuesta. Hasta el momento había experimentado la molestia de ver perturbado su inalterable descanso nocturno sin siquiera decir "esta boca es mía", como ya se nos ha informado. Pero tanta demostración de estoicismo trastabilló, en cuanto vio herida por los dardos de la crítica la institución que representaba. Ese mismo martes 30 de marzo, en las páginas del *Diario de Caracas*, se encuentra un breve discurso que llevaba por título "Al público" y que, para sorpresa (¿o regocijo?) de los opositores del académico, iba calzado con su firma. En efecto, la idea de su autor no era defenderse de los ataques recibidos, sino salirle al paso a los comentarios que se habían proferido contra la Academia. Toda la capacidad que había mostrado tener para mantenerse lejano a las recriminaciones y objeciones de toda laya que le propinaban, cedió de manera definitiva cuando la institución se convirtió en objeto de las miradas cuestionadoras. La respuesta sonó como un sablazo seco: tres párrafos; un argumento ("No acostumbro á establecer polémicas. Tampoco contesto injurias"); una advertencia ("no volveré a decir una palabra").

El 2 de abril de 1894 *El Republicano* inserta unos versos "A Don Perpetuo", en clara alusión al secretario, que iban firmados por quien se ocultó bajo el seudónimo de Bohemio. La modalidad de la escritura en verso insiste en las

agresiones en contra de Calcaño. En su totalidad el anónimo escriba canalizó su numen inspirador en esta décima satírica:

Del "hueco pino" la gloria
nadie te disputará,
y siempre acompañará
de tu nombre la memoria;
la trompeta de la historia
repetirá como un eco,
y aunque te hagas el sueco
es tan hermoso tu sino,
que si nó "el del hueco pino",
serás: "el del-pino hueco"⁸.

En la misma trinchera cuestionadora, E.G. González se convierte en portavoz de su generación en la nota de *El Republicano* titulada "Paréntesis" del 2 de abril. El 3 de ese mes, el diario de Luis R. Guzmán reproduce en la sección "Crítica Literaria" una carta que le enviara E.G. González al señor Ismael Pereira Alvarez a las oficinas de *El Noticiero*. Da la impresión de que Pereira Alvarez había publicado el 1^o y el 2 de abril⁹ en ese diario (que dirigía Emilio Porras) un comentario que, a su vez, obligaba a E.G. González a agradecerle por los conceptos expresados, favorables a la causa de los jóvenes enfrentados a la Academia y a su secretario perpetuo. Interesa la carta de González, entre otras muchas ideas que expresa, porque se atribuye una intervención protagónica en la impugnación a Calcaño. En determinado momento llega a expresar: "al proceso que HE CONTRIBUIDO ACTIVAMENTE á levantarle".

A partir de este momento, se confundieron con mucha virulencia las posiciones en contra de Julio Calcaño y/o de la Academia. El primero fue blanco de ataque en las reflexiones aparecidas sin firma en la edición de *El Republicano* del 5 de abril, "Tiros sueltos"; la segunda, el 5 de abril en "Lo que cuesta la Academia", donde se calificaba a la docta institución de "Un cuerpo exótico que se traga B. 15.840 por año". Esta cifra le parecía exorbitante al autor del comentario, Domingo Santos Ramos¹⁰, pues, en su

8 En clara alusión al escritor de versos Francisco Antonio Delpino y Lamas.

9 La colección de *El Noticiero* que he podido consultar está muy incompleta. Entre los muchos números que faltan están, precisamente, los correspondientes a las fechas indicadas.

10 D.S. Ramos había enfrentado anteriormente a J. Calcaño. La desavenencia se ventiló desde las páginas de *La Revista* en 1873. Todo se produjo a raíz de las "Apreciaciones Literarias", donde Calcaño no había sido benévolo con José Luis Ramos, el padre de Domingo Santos (cf. *La Revista*, Caracas, 8 de febrero de 1873: 275-278).

opinión, ese monto se podía traducir en el equivalente necesario para la dotación de, cuando menos, diez escuelas.

En la misma línea se ubicaba nuestro infaltable Eloy G. González, siempre desde el diario de Luis R. Guzmán, con sus "Habla Calcaño" (5 de abril), "Habla Calcaño. II" (6 de abril) y "Habla Calcaño. III" (9 de abril). También en *El Republicano* (10 y 11 del mismo mes), la nota "Aquiles Millián", que se atribuía un tal Saladino, era utilizada para enfrentar los comentarios de Calcaño en un artículo del mismo nombre aparecido en el *Diario de Caracas*. Felipe Larrazábal, hijo (10 de abril) y Félix M. García Medina (13 de abril) divulgan "Carta abierta a E.G.G." y "La juventud ante la historia" donde asumen una postura crítica de idénticas proporciones a las que ya hemos conocido.

Cuando se pensaba que el inagotable caudal de dicitos entibiaba su fiereza, un nuevo comentario contribuyó a avivar sensiblemente el ya calenturiento ambiente intelectual del momento. En la edición del mismo diario *El Republicano* del 14 de abril se produce un nuevo hecho. Los lectores del periódico encuentran un "A propósito del estudio crítico literario del señor Julio Calcaño" firmado por P[edro] Arismendi B[rito].

Arismendi Brito era miembro de la generación de Calcaño—había nacido en 1832, como ya se anotó, mientras que este último en 1840¹¹— y, por añadidura, como ya hemos recordado, era miembro de la otra Academia que existía en Venezuela para esos años, la Nacional de la Historia. También se debe traer a la memoria que para esa fecha ya Arismendi Brito había sido nombrado como integrante de la Junta Directiva que se encargaría de hacer la "reivindicación de los fueros de la literatura nacional". Es un texto que, sin otorgarle declaradamente la razón a los jóvenes que avivaban la polémica, establecía una amable distancia con el académico Secretario. Esta intervención de Arismendi Brito demuestra el grado de intensidad a que había llegado el enfrentamiento, así como la polarización de fuerzas generada por ese choque. Por eso creo que se puede explorar la hipótesis de que, ciertamente, había una marcada distancia, en lo que a enfoques y perspectivas de estudios se refiere, entre una y otra academia.

2.4. Ese mismo 14 de abril se produjo otro hecho significativo. Esta vez desde las páginas del *Diario de Caracas*—que, como se recordará, fue el órgano de prensa que dio a conocer el texto causante de tanto debate—apareció la opinión de uno de los intelectuales que había logrado mayor

11 Para la fecha, Pedro Arismendi Brito no había ingresado a la Academia de la Lengua. Su elección como académico se produjo en 1904 y su incorporación, el 6 de mayo de 1906 con el discurso "El idioma castellano y su uso en Venezuela".

reconocimiento en la Venezuela finisecular, tanto por las responsabilidades públicas al servicio del país, como por sus diversos trabajos de índole intelectual que no desestimaron la incursión por los meandros de la literatura, me refiero a José Gil Fortoul.

Con una serie de razonamientos escritos al amparo del enunciado "Pequeñeces Académicas", fechado en marzo de 1894 desde París¹², el escritor marcaba severa distancia en relación con los juicios emitidos por Calcaño. Los comentarios de Gil Fortoul venían precedidos de una "Advertencia" de la Redacción del diario donde se garantizaba:

que nuestras columnas son de campo abierto á todas las producciones del ingenio patrio, y que así como publicamos ayer los artículos de los señores Calcaño —nuestros más asiduos colaboradores,— acogemos hoy los del Doctor Gil Fortoul —también nuestro constante colaborador— sin que por esto pueda haber contradicción en nuestra manera de proceder.

Es claro, una vez leídas las opiniones de Pedro Arismendi Brito y las de la redacción del *Diario de Caracas*, que las posiciones de los adversarios de Calcaño ganaban terreno. Si no en lo que respecta a una declaración abierta que sus más allegados dirigieran contra él, sí en lo que se refiere a la inclinación con muestras de simpatía que se expresan en la disposición a escuchar los alegatos de la generación que se formó en las aulas universitarias bajo los auspicios positivistas.

He destacado lo significativo de la intervención de Gil Fortoul por dos razones. La primera porque, como ya quedó registrado, Gil Fortoul se encontraba residenciado fuera de Venezuela; no parecía muy probable que alguien avecindado en un país europeo sintiera tan vivo interés de participar en una discusión que ocurría en su patria lejana. Se sabe que fue en París donde escribió la respuesta a Calcaño, hecho éste que revela la repercusión que tuvo entre la intelectualidad venezolana la polémica desatada a partir de la publicación del "Estado actual de la literatura venezolana". La segunda, porque esa intervención se puede entender como el grado de compromiso al que se sintieron obligados los profesionales formados en las aulas universitarias caraqueñas desde finales de la década del '60. Y es que las razones que se debatían en toda esa refriega no eran estrictamente intelectuales, literarias, en el más amplio sentido de la palabra, sino también, como veremos dentro de poco, de compromiso personal y afectivo. Se

12 El texto de este artículo se encuentra recogido en *Páginas de ayer*, Vol. VIII de sus *Obras Completas* (Caracas: Ministerio de Educación, Dirección de Cultura y Bellas Artes, 1957: 219-232).

trataba, pues, de involucrarse porque así lo reclamaba su sentir más profundo y, por ello, más íntimo. El aspecto central en todo este proceso es que había que fijar una posición al respecto.

Y ya que hemos llegado a este punto, corresponde la formulación de un par de preguntas: ¿cuál era el comentario de Calcaño que había violentado la paciencia, sobre todo de los positivistas? ¿cuál, entre las muchas ideas expresadas en su escrito, había disgustado tanto a sus oponentes? Porque es indudable que alguna de las afirmaciones que se formulan en ese trabajo debió molestar a los organizadores del *Primer Libro...* al extremo de llevarlos a plantearse el reto que, muy pronto, en tan solo diez y seis meses, —tiempo relativamente breve si pensamos en sus dimensiones— se consolidó en el libro que conocemos.

La respuesta se puede sintetizar en pocas palabras: había sido agredido el profesor. ¿Qué significaba esto? Veamos. Una de las ideas que sirve de soporte al análisis de Calcaño —la que, sin ningún género de dudas, conmocionó a más de uno de los estudiantes que se formaron bajo los auspicios del positivismo— fue la mal disimulada aversión que el escritor académico exteriorizaba por la presencia de Adolfo Ernst en Venezuela. En opinión del Secretario de la Academia, el surgimiento de la bohemia y de la literatura decadente en el país era obra de “Las doctrinas positivistas y materialistas y la lectura de las mal sanas novelas y poesías de la escuela naturalista” (24 de febrero). Lo impropio, falso y rebuscado del decadentismo —de acuerdo con su interpretación— quedaba expresado en “El mundo azul, el manto de púrpura de la primavera, violetas de plata, claveles de cristal, sinfonía en gris mayor”. La desviación que experimentaba la literatura patria era expresión del trastorno en el orden social que se originó porque:

Por una de esas aberraciones tan comunes en nuestros gobiernos, protegióse y encumbróse á un extranjero, si respetable por sus costumbres, materialista en sumo grado, é imbuido en las antiguas doctrinas revividas y explanadas por Darwin. No era él superior en ningún ramo del saber á otros hombres de ciencias naturales del país, ó al menos no había dado testimonio de ello; pero tal encumbramiento y las facilidades que se le brindaron, pusiéronle en aptitud de dirigir los estudios de gran parte de la juventud, y diéronle autoridad como profesor (23 de febrero).

Como se advierte, no aparece en ninguna parte el nombre del extranjero aludido. En realidad no hacía falta mencionarlo porque todas las señas apuntaban a una misma persona, y todos comprendieron, desde luego, de quién se hablaba. Ese es el contexto que explica la intervención de Gil Fortoul. En un estilo más directo, puesto que no acude al lenguaje velado por las insinuaciones que eligió Calcaño, el historiador-novelistas tradujo con palabras precisas el parecer de quienes oponían las tesis del Secretario. Léanse, al respecto, las líneas de “Pequeñeces Académicas” que transcribo

a continuación, las cuales cierran, como cabe imaginar, con una abierta invectiva contra don Julio Calcaño:

Yo debo nombrar aquí al maestro, no para defenderle de ataques que no llegan á su altura, sino para pagar tributo una vez más á su ciencia, á su ingenio y á sus virtudes. El extranjero á quien alude el señor Calcaño es el Dr. ADOLFO ERNST, hombre venerable para todo el que tenga corazón, conciencia y patriotismo; hombre que ha hecho por la instrucción científica de la juventud venezolana, infinitamente más que cuantos deben su prestigio y su fortuna á haber gastado la vida en ensalzar á los Gobiernos y en medrar con los puestos públicos.

En efecto, el 'extranjero', el 'materialista' que tanto mortificaba el decoro de Calcaño era el maestro alemán a quien sus ex alumnos de la Universidad no vacilaban en nombrar con todas las letras: Adolfo Ernst.

Visto así, debo decir que no fue Gil Fortoul el único que se refirió a este delicado asunto, también Eloy González lo hizo en la segunda entrega de su artículo "La actual literatura venezolana" aparecido, como ya quedó apuntado, el 13 de marzo. Ese día, E.G. González se detiene a destacar los beneficios obtenidos de los métodos de enseñanza introducidos por el profesor venido de Alemania. La nueva escuela, dice:

dió el grito de la revolución universal: guerra á todos los poderes seculares, combate sin tregua á todas las ideas esclavizadoras del espíritu: pidió la muerte de los ídolos, la sanción del derecho, la libertad para todas las conciencias, la igualdad ante la ley, el homenaje á todos los merecimientos, la consagración de todas las grandezas; libertad en política, libertad en religion, libertad en letras...

De inmediato, la atención recae en los dicitos lanzados por el académico:

Y sus conquistas (se refiere a la escuela positivista. M.A.) son aberraciones para el señor Calcaño. Por eso le duele que nuestros Gobiernos hayan protegido y encumbrado á un *extranjero*, que todos adivinamos es el Doctor Ernst, nuestro distinguido profesor de Historia Natural. Y pretende el señor Calcaño que él, el Doctor Ernst, ha establecido en Venezuela cátedra de impiedad, cuando solo ha hecho abrir horizontes á las ansias de las inteligencias nuevas, ávidas de luz y de verdad (las cursivas, en el original).

Si nos situamos en un plano no ya individual sino colectivo, veremos reproducir la misma posición a favor de las tesis positivistas en muchos de los organizadores del *Primer Libro*... En él se busca anular la interpretación que juzgan limitada, la que ofrece Calcaño, pues todo el volumen se convierte en la actualización de las enseñanzas del profesor de la Cátedra de Ciencias Naturales de la Universidad. Son los conocimientos impartidos por Ernst los que dan soporte teórico al material del libro suscrito por la Asociación Venezolana de Literatura, Ciencias y Bellas Artes.

Pero dejemos esta reflexión a un lado y volvamos a *El Republicano* donde Eloy G. González continuaba la serie de artículos en contra de Calcaño y de la Academia, era una actividad frenética que le permitía escribir y escribir a un ritmo que podríamos calificar de vertiginoso. El 16 de abril publica "Justicia literaria"; el 18 y el 20, "Justicia literaria. Julio Calcaño como poeta"; el 21, "Anemia. Descripción síntomas y tratamiento"; el 24, continuación y fin de "Justicia literaria. Julio Calcaño como poeta"; el 27, "Justicia literaria"; el 28 de marzo y 1º de abril, "La Academia de la Lengua". Con esas colaboraciones detiene la compulsiva tendencia a escribir las filípicas anti-académico y anti-academia, pero no porque se hubiera retirado de la polémica sino porque el proceso había tomado un nuevo rumbo.

3. LA ESPADA DE UN PRÓCER CALMA LA IRACUNDIA DE LA PLUMA

Un capítulo inédito se abría en todo este proceso con la nota editorial de *El Republicano* correspondiente al 21 de marzo de 1894. El escrito se titulaba "Centenario". En él se reflexionaba en torno a la próxima fecha conmemorativa de los cien años del nacimiento del Gran Mariscal de Ayacucho. La preocupación central que originaba su escritura se resumía en una interrogante fundamental: "¿Habrá pensado nuestro Gobierno en celebrar dignamente tan honroso Centenario?".

Las dudas de *El Republicano* se ven despejadas veinticuatro días más tarde, pues el sábado 14 de abril —el mismo día que se publicaban las "Pequeñeces Académicas" de Gil Fortoul— aparece reproducida bajo el enunciado "Centenario de Sucre", una carta enviada por F.H. Rivero al Director-Redactor del *Diario de Caracas*, P. Fortoult Hurtado. El segundo párrafo de la comunicación —que parecía haber sido concebida para dar respuesta a la interrogante de Luis R. Guzmán— declaraba lo que transcribo de inmediato:

Cursa ante el senado de la nación una moción del Senador por Miranda, señor Jiménez, que se discutirá por momentos, tendente á decretarse por el Gobierno el Centenario del heróico Sucre, la inmaculada y más bella personalidad de la independencia. Sábese por la brillante juventud universitaria que el Ejecutivo Nacional tiene ya elaborado un proyecto de decreto que someterá al Congreso, donde se dispone sea festejado de espléndida manera el referido (...).

Adviértase, por lo pronto, el papel que desempeñó la juventud universitaria en todo este proceso, ella tomó parte activa en la consolidación de una matriz de opinión, favorable a los actos del centenario del nacimiento del héroe de Ayacucho. En ese punto se detiene su contribución al libro colectivo en

cuestión. La carta en referencia abunda más sobre aspectos más puntuales que tienen que ver con esa participación:

Los jóvenes de la Universidad quisieron dirigirse á la casa del Senador Jiménez, para felicitarlo por su patriótico pensamiento, y se lo hicieron saber por una comisión de entre ellos. El señor Jiménez creyó más conveniente recibirlos en el Hotel ya dicho (el Gran Hotel Americano. M.A.), porque su casa le parecía estrecha para el número de manifestantes y así sucedió.

De inmediato se transcribían las palabras de orden del bachiller Antonio Ramón Alvarez, dirigidas al señor Domingo Jiménez, y, finalmente, la carta entregada por los estudiantes de la Ilustre Universidad Central de Venezuela al ciudadano Presidente de la Cámara del Senado, por medio de la cual se suscribía la propuesta de D. Jiménez.

Por su parte, *El Tiempo*, en la entrega correspondiente al martes 22 de mayo de 1894, trae noticias que conciernen a la iniciativa que promocionara el director de *El Republicano* el 26 de marzo, referida "á la reivindicación de los fueros de la literatura nacional". El diario caraqueño de Carlos Pumar anunciaba ese martes que "Desde el 23 del pasado mes de abril se instaló definitivamente la Junta Directiva creada por la Asamblea de escritores reunida en marzo en las oficinas de *El Republicano*". La noticia venía anunciada bajo el título de "Literatura nacional" sin identificación de firma.

Siempre desde la páginas de *El Tiempo* (viernes 22 de junio) aparece nuevamente el enunciado "Literatura nacional" para reseñar que:

Como algunos de los escritores designados para hacer la reseña general de la literatura patria han manifestado deseos de que se prorogue el plazo fijado al efecto, la Junta, atenta á las consideraciones que se le han expuesto, ha resuelto fijar el 28 de octubre próximo, como plazo definitivo para publicar aquella revista.

Casi dos meses más tarde, el 15 de agosto de 1894, la entrega número 64 de *El Cojo Ilustrado* se abre con una nota que lleva por título "Asociación Nacional de Literatura" y que, a manera de editorial, firma La Dirección. Esa información vuelve a recapitular lo que ya sabemos: la iniciativa del redactor de *El Republicano* de convocar a una reunión para nombrar la Junta que se encargaría de preparar la que consideraban "verdadera revista de nuestro estado literario". Se le concedían allí los méritos a Eloy G. González porque, gracias a su denuncia del panorama ofrecido por Calcaño, había llamado la atención de la sociedad venezolana, lo que dio como resultado el nombramiento de la citada Junta, y recordaba que la primera decisión a la que llegó la directiva consistió en escoger a los intelectuales que se encargarían de redactar la "revista", es decir el panorama, de las letras patrias.

Como se puede notar, el esfuerzo individual de E.G. González, ya ha cristalizado en una voluntad colectiva.

Después de esa información, Herrera Irigoyen reproducía el primer trabajo que se entregaba para la obra final. Correspondió al hijo de José Luis Ramos, Domingo Santos Ramos, satisfacer el encargo recibido de parte de la Junta al dar por concluido su "Estudio sintético acerca de los oradores seculares de Venezuela", reproducido en las páginas 309 a 311 de la edición de *El Cojo Ilustrado* correspondiente a la fecha ya citada. Entre otras informaciones conocemos que había concluido su aporte el 6 de junio y que la Junta que lo responsabilizó de ese trabajo se llamaba "Literatura Nacional Venezolana". Quiero destacar con esta noticia que todavía no ha adoptado el nombre de "Asociación Nacional de Literatura, Ciencias y Bellas Artes".

En qué momento se produce el cambio de nombre es asunto que no he podido establecer, pero lo cierto es que a esa alteración del registro onomástico original no parecen concederle mucha importancia los mismos involucrados en el proceso, porque cuando R.F. Seijas escribe "Las últimas páginas" con las que cierra el *Primer Libro...*, simplemente se limita a decir que:

Nació la "Asociación venezolana de literatura, ciencias y bellas artes", al calor producido en el ánimo de algunos ciudadanos por una revista inexacta acerca del estado actual de nuestras buenas letras, dada á luz en un periódico de esta ciudad que produjo en todos los ánimos profunda sorpresa. Promovida una asamblea de escritores por el redactor de *El Republicano*, á excitación del suscrito, reunióse ésta en las oficinas del mismo diario, y eligió una junta encargada de obtener por la mediación más adecuada, una reseña más circunstanciada y completa de nuestro estado intelectual.

Se advierte, entonces, que la Junta establecida en marzo en las oficinas de *El Republicano* bajo el nombre de Literatura Nacional Venezolana, en determinado momento pasa a llamarse Asociación Venezolana de Literatura, Ciencias y Bellas Artes y que, según se colige de las líneas transcritas, esa nueva identificación grupal que pasó a sustituir la "Junta" por la "Asociación" no parece haber sido tema de un debate mayor.

3.1. La preparación del libro les tomó diez y seis meses, contados desde la aparición del trabajo de Calcaño en el *Diario de Caracas*. Ese registro temporal quedó registrado en la "Presentación del biógrafo"¹³, de Rafael Fernando Seijas, que antecede las "Notas Biográficas" con las que se cierra el volumen. La mencionada presentación comienza con esa noticia:

13 En la página 527 de la edición facsimilar de 1970.

La "Asociación venezolana de literatura, ciencias y bellas artes", nombró al señor León Lameda redactor de las notas biográficas que se hallan al fin de este libro, como complemento de la grande obra emprendida y realizada *al cabo de diez y seis meses de labor* (subrayado por mí)¹⁴.

En la distribución final de los artículos, el de Domingo Santos Ramos ocupó el cuarto lugar en el orden de aparición.

La inobjetable presentación gráfica del conjunto se debió al trabajo de las dos tipografías más reconocidas de la época: la Tip. de El Cojo (1ª Parte, numerada en romanos del I al CCCXXXVI), y la Tip. Moderna (2ª Parte, con numeración arábica del 1 al 216)¹⁵. Engalanado con abundante material fotográfico tomado íntegramente de *El Cojo Ilustrado* —lo que demuestra el apoyo que brindaba Herrera Irigoyen a la cultura y al arte—, el *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes* constituye una lograda síntesis del pensamiento venezolano del último lustro del siglo, porque recogió el producto intelectual de 23 firmas que eran expresión de lo más relevante de la vida cultural y científica venezolana reunida para la fecha.

Abría el conjunto un "Discurso preliminar" por el Dr. Rafael Fernando Seijas —como portavoz de la Asociación Venezolana de Literatura, Ciencias y Bellas Artes— donde expresaba que el esfuerzo de la Asociación debía ser visto como un homenaje al Centenario del Gran Mariscal de Ayacucho y que: "La Asociación deseaba ofrecer al público un libro simpático á la familia, á la patria, á las buenas letras, á las ciencias y á las bellas artes; un libro del hogar (1974: A)".

La declaración de Seijas demuestra la enorme importancia que la intelectualidad venezolana del ochocientos le concedía a la idea de la unidad familiar¹⁶ y a la lectura como mecanismos para alcanzar la civilización y el

14 Es decir, el texto salió en junio de 1895 pero venía siendo anunciado desde el año anterior (cf. "Una obra importante". *El Tiempo*, Caracas, Nº 371, 5 de diciembre de 1894).

15 En 1974 el Concejo de Caracas reprodujo facsimilariamente el volumen. Por cierto, esta segunda edición introduce dos modificaciones al texto original: la primera consiste en la transcripción del resumen sucinto de la vida del general Antonio José de Sucre escrita por el Libertador Simón Bolívar, texto que no aparece en la edición original; la segunda, un cambio en la numeración que, en esta oportunidad, aparece en números arábigos del 1 al 552 cuando en la primera edición la primera parte se numeraba en romanos del I al CCCXXXVI y la segunda en arábigos del 1 al 216.

16 La preocupación sobre el problema familiar surgió con la segunda generación de románticos. Apareció en un tiempo cuando la apelación al sentimiento familiar se convertía en uno de los elementos más socorridos para lograr la cohesión interna de la sociedad. El estudio de ese rasgo particularizador de nuestro siglo XIX, forma parte del proyecto que desarrollo actualmente en el Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos". Mi trabajo lo he titulado: "Familia y nación en la Venezuela republicana (1830-1865): la mujer y el niño se incorporan a la vida pública".

progreso. No desaprovechaba el prologuista la oportunidad para expresar el temor que sentía frente a la sospecha de que la idea original no se hubiera podido cumplir, porque no todos atendieron a la solicitud de colaboración que se les había formulado en su debido momento: "cuanto falta —decía—, es culpa de la indiferencia de los solicitados" (1974: AB), y lamentaba lo que esas ausencias podrían afectar "un libro destinado á vivir largo tiempo, á servir de consulta y de cuadro vivo de nuestro estado social" (1974: AB).

Para el lector contemporáneo, quedan disipados los temores de Seijas desde el momento que constata el amplio espectro que cubre el volumen en cuestión. Todo aquel que quiera conocer la producción intelectual y artística de la Venezuela decimonónica está obligado, necesariamente, a acudir a esas páginas. A través de su lectura entramos en el conocimiento de la literatura, la música, el teatro, la pintura y demás expresiones estéticas de la época; sabemos de las imprentas y la producción editorial (en áreas como la filología, novela, poesía, crítica literaria, teatro, oratoria, teología, filosofía, ciencias políticas y jurídicas, medicina, política, ciencias naturales, física, matemáticas, geografía, historia, libros de instrucción y educación, etc. etc.); y, más todavía, conocemos del estado de la educación (número de escuelas, principales maestros e institutores, edición y autores de libros didácticos, grados académicos conferidos por las universidades de entonces —Caracas y Mérida— y por los colegios federales del país); de los nombres de los principales escritores nacionales; del estado alcanzado por el periodismo, la imprenta, el derecho constitucional; de las leyes y decretos; de las principales figuras de la vida política; también constataremos los avances de la medicina, las ciencias naturales, los estudios matemáticos, la ingeniería; e, incluso, nos familiarizaremos con las modalidades comunicativas que tenían tanto prestigio en ese tiempo (y que en el siglo XX caen en desuso): la oratoria (sagrada y seglar). En fin, todo aquello que habla del quehacer cultural y científico de la sociedad venezolana de entonces está recogido en esas páginas.

Una revisión de esos 23 artículos que conforman la primera parte del volumen, revela los campos temáticos que despertaban el interés colectivo de la Venezuela de finales de siglo. En orden de aparición, los títulos y autores que se acopian son: 1) "Historiadores de Venezuela" por el Dr. Rafael Seijas, 2) "La poesía lírica en Venezuela" por el general Pedro Arismendi Brito, 3) "Teatro nacional" por Eugenio Méndez y Mendoza, 4) "Estudio sintético acerca de los oradores seglares de Venezuela" por Domingo Santos Ramos, 5) "Oradores sagrados. Somero estudio" por el Dr. Ezequiel María González, 6) "Revista de autores didácticos e institutores" por Pedro Manrique, 7) "Instrucción popular" por el Dr. Guillermo Tell Villegas, 8) "De la influencia de la literatura en la legislación de las naciones y en las instituciones políticas"

por León Lamed, 9) "Carácter nacional" por Rafael María Baralt 10), "Informe sobre el periodismo en Venezuela" por Eloy G. González, 11) "Ojeada al periodismo político" por Luis R. Guzmán, 12) "Escritores venezolanos" por el Gral. Manuel Landaeta Rosales, 13) "La imprenta en Venezuela" por Felipe A. León, 14) "Resumen histórico de Venezuela hasta 1823" por el Dr. Julián Viso, 15) "El derecho constitucional venezolano" por el Dr. Alejandro Urbaneja, 16) "Códigos y leyes" por el Dr. Nicomedes Zuloaga, 17) "Diplómatas y hombres públicos de Venezuela" por el Dr. Rafael Fernando Seijas, 18) "Las ciencias médicas en Venezuela" por el Dr. Laureano Villanueva, 19) "Las ciencias naturales en Venezuela" por el Dr. Rafael Villavicencio, 20) "Los zapadores de la ciencia" por José María Martel, 21) "Las ciencias matemáticas en Venezuela" por el Dr. Felipe Aguerrevere, 22) "El Arte en Venezuela" por Ramón de la Plaza y la "Asociación", 23) "Materiales para la Bibliografía Nacional" por el Dr. Adolfo Frydensberg. La segunda parte la conforman, una "Antología General" y unas "Notas Biográficas del Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes" por León Lamed, con una "Presentación del biógrafo" y "Las últimas páginas" por Rafael Fernando Seijas.

El grado de objetividad del conjunto está dado por la pretensión de erradicar los exclusivismos y las miradas parcializadas, particularidades que se le señalan como uno de los defectos al trabajo crítico del Secretario Perpetuo de la Academia de la Lengua. En el conjunto de reflexiones que están reunidos, en el *Primer Libro...* se "abrazan toda la historia de un pueblo", como decía Seijas en las primeras páginas.

3.2. En realidad, este objetivo que se le promete a los lectores: 'abrazar toda nuestra historia', requiere que lo revisemos más detenidamente. La pregunta que se me ocurre formular es la siguiente: ¿por qué esa preocupación por la historia? y, cuando se habla de 'historia', ¿desde qué momento se la hace desprender? La indagación es pertinente porque a ella se le está dando respuesta, de manera implícita, en el libro de la Asociación Venezolana de Literatura, Ciencias y Bellas Artes. Pero antes de atender satisfactoriamente las preguntas que han quedado formuladas, es preciso que demos un pequeño rodeo que me parece necesario.

Hemos visto que una de las razones que motivó la respuesta de los opositores de las tesis de Calcaño fue la agresiva referencia a Adolfo Ernst que se leía en la reseña de febrero del '94. Sin embargo, al examinar las otras muchas ideas que expone Calcaño en su "Estado actual...", la invocación al profesor alemán no fue la única opinión que alimentó el espíritu cuestionador y crítico de ese grupo de intelectuales de fines del novecientos. Hay otro señalamiento de Calcaño que es abiertamente objetado por esta élite universitaria, me refiero aquí a su tesis de que existe una dependencia de las

letras americanas en relación con la literatura española. A esa idea le había dado soporte argumental de la siguiente manera:

Aunque en el prólogo del *Parnaso Venezolano*, he sentido que la literatura de las naciones hispanoamericanas debe ser considerada como una rama ó parte de la española, entiéndase naturalmente, y no pudiera entenderse otra cosa, que me refiero al carácter general que le imprimen el idioma y la raza (20 de febrero).

Desde luego que los egresados universitarios no entendieron esa interpretación con la 'naturalidad' que reclamaba el autor del *Parnaso Venezolano*, pues, aunque no se dice abiertamente en ninguna parte del libro de 1995, la obra organiza ese recuento histórico a partir de la existencia de Venezuela como nación políticamente libre y soberana. Es así como todo el volumen se orienta a demostrar la existencia de una producción patria, entendida esta última como la que se produce en el período republicano. De esa manera, y para retomar la segunda de las dos preguntas que hemos dejado en el aire, cuando Rafael Fernando Seijas habla de historia, se está refiriendo exclusivamente a la etapa de la República. Por eso no interesa el período anterior, sobre todo el que se define por la hegemonía colonial de raíz hispana. Pero, por el otro lado —y así volvemos a la primera de las dos preguntas— es una literatura y una cultura en general que tienen sus propias particularidades, sus propios rasgos y características que la hacen señaladamente distinta a la española; en otras palabras, las letras venezolanas (en su más amplia acepción) tienen una *historia* que es la suya y que no es asimilable a la de España.

Dentro de la línea que pretende invalidar la filiación con la antigua metrópoli, debe entenderse el artículo de Rafael María Baralt (que, no debemos olvidar, había fallecido 35 años atrás), "Carácter Nacional", texto que es rescatado muy a propósito, e incluido como uno de los trabajos que integran la obra. De partida, en esa reflexión se niega que existan lazos indisolubles con España. Dice Baralt allí que, no obstante haberse transplantado en las colonias "los hombres y las cosas, y á la vuelta de pocos años el aspecto exterior de las poblaciones, la sociedad doméstica, la política, las creencias, las supersticiones del Nuevo-Mundo", no obstante esos vínculos comunes que: "fueron con pocas excepciones las mismas que tenía en la época de la conquista una parte del antiguo. A pesar de esto los criollos apenas se acordaban de su origen" (1974: 109). Y cuando se pregunta de dónde provenía tanta extrañeza, tanto desconocimiento del lado de acá, se responde:

De la incomunicación casi absoluta en que por mucho tiempo estuvo (...) la colonia con todo el mundo y aun con la metrópoli; incomunicación que produjo a un tiempo el efecto de conservar sin mezclas extranjeras las

costumbres, y el de borrar los recuerdos españoles en el suelo de sus conquistas (1974: 109).

A partir de esa negativa de Baralt, en el sentido de que no hay débito con España porque la antigua metrópoli no supo crear fuertes lazos con sus colonias, la Asociación toma como punto de partida de la literatura, de la ciencia y del arte venezolanos la Emancipación y, al hacerlo, rechaza, al mismo tiempo, que la historia presente de los venezolanos tenga algo que ver con el viejo y forzado vínculo con el imperio español. La historia de Venezuela, vista desde esta perspectiva, nace con la consolidación del espíritu libertario: con el nacimiento de la República.

Así, pues, el estudio de los contenidos formales de una y otra propuesta, la de Calcaño y la de sus oponentes, plantea, en última instancia, lo que he asomado algunas páginas atrás: que la motivación que mueve a los intelectuales que se formaron en las aulas de la universidad a enfrentarse con uno de los representantes más conspicuos de la generación que se formó al amparo del romanticismo, tiene que ver con una nueva manera de entender el país, su historia, su producción literaria, artística y científica y, desde luego, la función del intelectual en esos tiempos señalados por el fin de siglo.

Esas son las motivaciones que llevan a editar el voluminoso trabajo: la contestación a Julio Calcaño y, sobre todo, la intención y la necesidad de proponer un modelo crítico alternativo, más documental y objetivo, menos voluntarista; más acorde, en fin, con el pensamiento positivista que desde unos años antes había empezado a prender en la intelectualidad venezolana.

3.3. Desde el momento que se opta por inscribir la obra como parte de los actos celebratorios del Centenario de Antonio José de Sucre, parece que se hubieran olvidado las razones que estimularon su preparación. Esa sospecha asoma porque, en las páginas dedicadas a presentar el conjunto de trabajos, no se habla directamente de la causa que la originaron. Pero cuando se revisa el material que contiene ese volumen colectivo, se podrán advertir las alusiones al artículo de Julio Calcaño. De hecho, quien lea detenidamente el "Estado actual..." podrá identificar a cuál de sus planteamientos se le da respuesta en un momento determinado en el material que recoge el *Primer Libro...*

Sobre todo se encuentra en las páginas finales las referencias al escrito de Calcaño. Hemos visto que en "Las últimas páginas", de R.F. Seijas, se informa que la Asociación Venezolana de Literatura, Ciencias y Bellas Artes había nacido "al calor producido en el ánimo de algunos ciudadanos por una revista inexacta acerca del estado actual de nuestras buenas letras"¹⁷. Y al que

17 La noticia que daba *El Tiempo* del 15 de noviembre de 1894 en la nota "Asociación Venezolana" (p. 2, sin firma) destacaba "el acierto de la Bibliografía con más de 3.000

todavía tenga dudas sobre si, efectivamente, hablan de Julio Calcaño, tómense en cuenta que cuando la "Antología General" registra el nombre de todos los miembros de la familia Calcaño que tuvieron lugar destacado en la vida intelectual del país, no se menciona a don Julio.

De acuerdo a lo observado, las referencias tangenciales (o por omisión) a Julio Calcaño se hacen en las últimas páginas y no en las primeras. Es decir, en la nota de presentación Seijas le habla al lector del para qué del volumen, le dice, entre otros argumentos, que está dedicado a la familia, pero no le dice por qué fue escrito, es decir, no toca las circunstancias que generaron la escritura de esas 552 páginas.

El hecho de que hubiera aparecido en el año de celebración del Centenario del nacimiento del general Antonio José de Sucre, de que en el subtítulo del volumen se lea: "ofrenda al Gran Mariscal de Ayacucho" y de que en el muy ponderado "Discurso Preliminar", Rafael Fernando Seijas —como portavoz de la Asociación Venezolana de Literatura, Ciencias y Bellas Artes— expresara que el esfuerzo de la Asociación debía ser visto como un homenaje al Centenario del Gran Mariscal de Ayacucho, puede llevar a pensar que la edición se preparó como parte de los actos concebidos por el Ejecutivo para conmemorar la fecha centenaria y que no hay otro argumento que justifique su elaboración; es decir, que se preparó por encargo de la instancia de gobierno.

En fecha relativamente reciente, esta especie se ha puesto a circular sin mayores timideces; en este sentido, puede verse la nota introductoria al artículo de E.G. González "Informe sobre el periodismo en Venezuela", incluido en los *Materiales para la Historia del Periodismo en Venezuela durante el Siglo XIX* donde se asegura que: "El informe del Dr. Eloy G. González fué publicado en el *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes*, que se editó en 1895, con motivo de conmemorarse el primer centenario del Gran Mariscal de Ayacucho"¹⁸.

nombres con la indicación de las obras publicadas". Asimismo, esa noticia proporcionaba un dato importante sobre la preparación del material, el libro surgió como respuesta expresa al artículo de Calcaño: "La idea de sacar del olvido y de prodigar el aplauso a los nombres de tantos estudiosos ciudadanos que consagraron al saber sus desvelos de dónde nació? Del efecto que produjo una injusta apreciación que cierto autor lanzó a la publicidad. La obra ha sido fecunda en resultados. En pocos días, galvanizando los espíritus, reuniendo los elementos, popularizando la necesidad de exponer la labor artística de nuestra patria, ha resultado un monumento admirable".

18 En: Pedro Grases (compilación, prólogo y notas). *Materiales para la Historia del Periodismo en Venezuela durante el Siglo XIX*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Escuela de Periodismo, 1950: 7.

Sin embargo, los hechos examinados nos hacen apreciar que no fue así, que todo el esfuerzo obedeció a la voluntad de un grupo de hombres que quisieron hacer honor a las letras, las artes y las ciencias nacionales, y que la circunstancia de haberse presentado la fecha centenaria les pareció más propicia y honrosa como justificación, que la otra, la que, en verdad, dio origen al trabajo colectivo, el enfrentamiento al artículo de Calcaño aparecido en febrero de 1894. De esa manera el prócer pudo calmar la iracundia de la pluma.

3.4. El volumen final fue posible porque contó con la ayuda de numerosas personalidades que R.F. Seijas se encargó de mencionar siempre desde "Las últimas páginas":

Gracias al concurso del gobierno general, que auxilió la publicación del libro con una cantidad de dinero importante, al comercio de Caracas, que se suscribió a algunos ejemplares, á los ciudadanos y á algunos de los presidentes de los estados, suscritos también (1974: 552).

Después de leer esas líneas, se puede advertir que la elaboración de la obra fue de absoluta responsabilidad privada, mientras que para la publicación se pudo contar con la ayuda del gobierno nacional, ayuda que se limitó al aporte económico descrito por el presidente de la Asociación, Rafael Fernando Seijas.

4. UNA POLÉMICA INDETENIBLE

Pero volviendo a la fase de preparación del *Primer Libro...*, en lo que concierne a su materialización en la imprenta, queda claro que fue de enorme importancia no sólo, como ya se vio, la ayuda económica recibida de parte del Ejecutivo sino, además, el apoyo de individualidades que concurrieron en favor del proyecto. Dentro de este grupo se hace de todo punto imposible olvidar el nombre del director de *El Cojo Ilustrado*. Digo esto porque no es posible pretender una reconstrucción de las circunstancias que hicieron posible el *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes* sin hacer mención de Jesús María Herrera Irigoyen. Por ese motivo he comenzado estas páginas tomando una cita de esa revista. Es una transcripción textual que tiene ese doble carácter: amén de parecerme apropiada para la ocasión, la he tomado de una revista que tuvo tanta significación en todo este proceso.

Se sabe que corresponde a Herrera Irigoyen la iniciativa de poner a disposición de la Asociación todos los materiales fotográficos que se incluyeron en el volumen, como que esas reproducciones ya habían aparecido en números anteriores de su quincenario. Muchos de los trabajos

del libro vieron la luz en forma autónoma en las páginas de *El Cojo Ilustrado*. También en esa revista se divulgaron las rápidas biografías que presentaban a los autores de esas colaboraciones, cuyo bosquejo hemos visto que fueron, en su mayoría, elaborados por R.F. Seijas. Por esta razón puede decirse que, para Herrera Irigoyen, esa participación tan directa, tanto en el proceso de edición como en el de la impresión del *Primer Libro...*, tuvo consecuencias que llegaron a satisfacerlo muy íntimamente en el plano personal.

Pero así como esto último que he insinuado está condenado a permanecer en el terreno de la sospecha, porque no hay testimonio conocido sobre lo que pudo sentir o no Herrera Irigoyen al respecto, sí queda constatación escrita de la repercusión que tuvo en su vida particular y familiar el haberse comprometido de tal manera con los intelectuales que promovieron la edición de la obra en referencia. Para desarrollar este aspecto que acabo de mencionar, es necesario que recuerde una de las últimas respuestas aparecidas en 1894 en contra de los planteamientos de Calcaño pues, aunque no aporta una nueva información a los hechos que ya conocemos, sí me va a permitir revelar esa faceta mucho más personal e íntima que he asomado.

En la entrega de *El Tiempo* del 15 de noviembre de 1894 se enfila una vez más contra el artículo de Calcaño en la nota de prensa "Asociación venezolana", al decir que el libro que prepararon nació "Del efecto que produjo una injusta apreciación que cierto autor lanzó á la publicidad". Como Calcaño había mencionado, muy de pasada, el nombre de Guzmán Blanco, también se dice allí que es importante comprobar "que en Venezuela se ha rendido ferviente culto á las letras y no se debe al capricho autocrático de un afortunado militar el brillo y la importancia de nuestra literatura"¹⁹. El 17 de ese mismo mes, Julio Calcaño contesta desde el *Diario de Caracas* y declara abiertamente que el autor del texto sin firma que va en su contra es el director de *El Tiempo*²⁰. En su respuesta, que titula "Bendito sea Dios", maneja entre otros argumentos, el siguiente:

19 La mención a Guzmán Blanco que se hizo en el "Estado actual..." había sido la siguiente: "A la salida de Guzmán Blanco, los hombres verdaderamente patriotas, esperaban del tiempo y de la paz y proteridas (sic) públicas el encarrilamiento legal de la Nación; pero Guzmán Blanco había forjado él mismo sin deliberada intención la palanca que iba á conmovier y transtornar el orden social". Como se ve, una afirmación bastante concesiva la de Calcaño (*Diario de Caracas*, Nº 139, 23 de febrero de 1894).

20 "Vuelve el Director de dicho periódico [*El Tiempo* M.A.] á vituperarme con motivo de la reseña acerca de la bella literatura actual de Venezuela que publiqué en el último febrero", dice Calcaño en esa edición del diario.

Parecía ya haber cesado todo, cuando un enemigo gratuito mio, impulsado (así lo ha dicho privadamente) por espíritu de venganza de una ofensa imaginaria, saltando por sobre las más sagradas consideraciones, y sin detenerse á considerar lo notorio de su falta de conocimientos para formar concepto en asuntos literarios, convocó y alentó á los que tenían empeño en ver de vulnerar mi reputación.

Sin embargo, y pasando por encima de la palabra del mismo autor de esas líneas, hubo quien pensara que no se aludía allí a Carlos Pumar, el director-propietario de *El Tiempo*, sino que lo afirmado lo afectaba directamente a él. Me refiero aquí a Jesús María Herrera Irigoyen, impresor tres años atrás del *Parnaso Venezolano* de Calcaño.

4.1. Los biógrafos de Herrera Irigoyen han revelado que una de las características más resaltantes en su modo de ser y proceder era una extremada inclinación al orden. Esa tendencia queda de manifiesto en el cuidadoso archivo personal que conservó. Entre otros materiales y recuerdos, guardaba varios cuadernos en los cuales archivaba todas la informaciones de prensa que aparecían sobre su revista. En cinco de esos cuadernos —que identificó con el nombre de "Opiniones de la prensa acerca de *El Cojo Ilustrado*"— acumuló las noticias escritas en las páginas hemerográficas del país y de otras partes del mundo sobre su publicación. Pues bien, en el primero de esos cuadernos conservó un fragmento de la nota de Calcaño —precisamente el que acabo de transcribir— aparecida en el *Diario de Caracas* del 17 de noviembre. Llama la atención que al margen de ese recorte está escrito en la personal caligrafía de Herrera Irigoyen la siguiente acotación: "Yo soy el aludido, el incapaz para formar concepto en asuntos literarios. Quedo enterado".

Tan se sintió aludido Herrera Irigoyen, que el 20 de noviembre, desde las columnas de *El Tiempo*, respondió con otro "¡Bendito sea Dios!" bajo el seudónimo de Leónidas²¹; su respuesta fue organizada en quince puntos donde recoge las ideas que expone Calcaño en la defensa del día 17. No voy a transcribir todo el texto de J.M.H.I. porque, amén de ser un tanto extenso, casi todo el espacio está dedicado a zaherir a Calcaño y, para el interés de este momento, esos sarcasmos no vienen al caso. Sí me interesa acotar que la réplica tiene el sello agresivo, característico del director de *El Cojo Ilustrado* cuando asumía la defensa de una causa que consideraba justa.

No es posible asegurar que el académico de la lengua haya identificado a su oponente en este debate, la asociación de "Leónidas" con Herrera Irigoyen probablemente no le cruzó en ningún momento; lo que sí se puede

21 Que el seudónimo corresponda a Herrera Irigoyen queda registrado en el mismo cuaderno "Opiniones de la prensa..." cuando se coloca entre paréntesis, al lado del seudónimo, las iniciales J.M.H.I.

demostrar es que ya para entonces había surgido una enemistad entre ambos. Parece ser que el sentimiento de hostilidad lo cultivó Calcaño si atendemos a las consideraciones que reseñaré a continuación. Admito que estoy lucubrando pero el hecho de que la Tipografía El Cojo haya impreso la 1ª parte del *Primer Libro...* y que, como hemos visto, brindara un apoyo tan sostenido a la Asociación, pudo determinar el alejamiento afectivo que, sigo sospechando, auspició Calcaño. La situación creada ha debido ser sumamente tensa para ambos porque Calcaño estaba casado con una hermana de Herrera Irigoyen.

El segundo elemento que tengo como soporte para mi lucubración es que después de la aparición del volumen en cuestión, Julio Calcaño no volvió a publicar voluntariamente en *El Cojo Ilustrado*. Digo 'voluntariamente' porque, en una oportunidad, en el N° 106 (15 de mayo de 1896: 425) hay un poema de su autoría. Sin embargo, hay que señalar que ese texto aparece allí circunstancialmente, pues fue escrito a propósito del matrimonio de una 'señorita de sociedad'; el matrimonio fue reseñado en la sección "Suelos Editoriales" y no se podía obviar el poema que había sido escrito para tal ocasión. Otra vez vuelve a publicar en el quincenario, esta vez en el N° 216 (15 de diciembre de 1900: 773), para atender a un compromiso del cual era difícil sustraerse: preparar la nota necrológica de una prestigiada dama de la sociedad, la señora Lucrecia Tirado de Villanueva. Si el ofendido hubiera sido Herrera Irigoyen lo más probable es que no hubiera publicado esos materiales en su revista. Se sabe que todo lo que salía en *El Cojo Ilustrado* pasaba previamente por su aprobación²², de haber cultivado algún sentimiento de rechazo contra su cuñado, téngase por cierto que jamás ese nombre se habría vuelto a encontrar en las páginas del quincenario.

Para cerrar este capítulo, debo decir que la reconciliación entre ambos finalmente tuvo lugar. Ella se produjo en 1907 gracias a una carta que Calcaño envió a Herrera Irigoyen (el 21 de noviembre)²³:

Te doy expresivas gracias por tu fineza, que he recibido con gratitud y aprecio. El artº [artículo] está muy bien escrito y bien pensado.// Aprovecho la ocasión para felicitarte por haber mantenido tantos años un periódico que honra al país, cuando hay tan escasos elementos para tanto.// Tu affmo. hermano,// Julio Calcaño.

22 Sobre la estrategia editorial de Jesús María Herrera Irigoyen pueden verse mis trabajos "El Cojo Ilustrado. De cómo una tabacalera devino en revista cultural" (*Revista Nacional de Cultura*, Caracas, LIII, 286, julio-septiembre de 1992: 167-174) y "El Cojo Ilustrado" (*Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*, Caracas: Monte Avila Editores Latinoamericana-Biblioteca Ayacucho, 1995, T. I: 1128-1135).

23 La carta se conserva en el Archivo de Jesús María Herrera Irigoyen.

Al margen de la carta se puede leer una nota manuscrita del destinatario que reza así: "(...) ¡Así corre el mundo! ¡Eso dicho por Julio Calcaño! La humanidad es así.// Y como después de su enojo injustificado conmigo esta confesión de parte tiene gran valor moral en mi favor, debe guardarse esta cartica".

Después de haberse cruzado esas comunicaciones, Julio Calcaño reasume sus funciones como colaborador de *El Cojo Ilustrado* en el N^o 435 (1^a de febrero de 1910).

Con este recuento más que anecdótico hemos examinado hasta qué punto tuvo incidencia aquel trabajo de Julio Calcaño aparecido en el *Diario de Caracas*. Es probable que si éste hubiera podido vislumbrar la conmoción que provocaría su reflexión, no la habría publicado. Pero también se sabe que la historia de los procesos culturales está alimentada de esas anécdotas que, muchas veces, tienen mayor alcance, atractivo y repercusión que el más sesudo planteamiento doctrinario.

5. ¿POLÉMICA FINITA?

Una vez que salió al público, el libro de la Asociación Venezolana de Literatura, Ciencias y Bellas Artes despertó los aplausos más entusiastas. Los elogios y reconocimientos se prodigaron sin mezquindades. En fecha más reciente, Manuel Landaeta Rosales y Víctor M. Ovalles, lo han catalogado como "El libro de mayores dimensiones que se ha publicado en Venezuela"²⁴ y no habrían de referirse únicamente a su, en efecto, tamaño poco frecuente que se concretó en el volumen de 552 páginas en octavo, anunciado al público por un valor de cien bolívares en diciembre de 1894, sino también al ambicioso proyecto editorial que significó para su tiempo.

Desde luego, es imposible que un proyecto de tales dimensiones hubiera podido satisfacer a todos. También hubo los pareceres en contra, aunque es necesario decir que fueron los menos. Dentro del grupo de los que adversaron el resultado obtenido debe mencionarse a Bartolomé Tavera Acosta. En los comentarios que elevó, llevó su crítica a niveles que escamotearon los señalamientos afirmativos. Los planteamientos del escritor del estado Bolívar aparecieron algunos años después del centenario del nacimiento de Antonio José de Sucre. En efecto, en 1899, editó un folleto de

24 "Datos generales sobre la imprenta, el periodismo y la litografía en Venezuela". En: Pedro Grases (compilación, prólogo y notas). *Materiales para la historia del periodismo en Venezuela durante el siglo XIX*. ed. cit.: 49.

22 páginas donde señalaba los errores que había podido detectar en el *Primer Libro*.... Se trata de las *Notas al Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes* aparecido en Ciudad Bolívar, con pie de imprenta de la Tipografía de Julio S. Machado. La opinión del autor queda expresado en la primera página del pequeño formato en expresiones que establecen una marcada distancia cuestionadora:

el libro sólo comprende, —aparte del *discurso preliminar*,— algunos informes y revistas no completos, varios retratos y autógrafos, etc., una paupérrima antología y algunas muy contadas notas biográficas: y todo esto, junto con la circunstancia de que la mayor parte de los trabajos del texto fué publicada en *El Cojo Ilustrado*. —Hé allí el gran libro en cuestión (las cursivas, en el original).

Seguidamente se dedica a nombrar los autores que faltan en la antología, de donde se desprende que más que una antología a Tavera Acosta le habría gustado un diccionario, y a corregir algunos errores (tipográficos en su mayoría) e incorrecciones en el gentilicio local de algún autor o en la profesión que se le atribuye. En general, las observaciones que recoge no desmerecen los méritos del volumen colectivo de la Asociación Venezolana.

Antes de aparecer el folleto en cuestión, también se habían leído un par de comentarios en la prensa nacional que el mismo Tavera Acosta se encarga de reseñar: una carta firmada por un señor Robledo que había aparecido en *El Liberal*²⁵ de Caracas y un artículo aparecido en *El Propulsor*²⁶ del Tocuyo. Hasta donde conozco no hubo una opinión que ofreciera una lectura crítica de significativo valor sobre la obra en esos años cercanos a 1895.

Ello viene a ocurrir en 1906 cuando aparece *La Literatura Venezolana en el Siglo XIX* de Gonzalo Picón Febres. En esta confrontación se va a marcar nuevamente la disparidad de criterios. Conviene señalar que Picón Febres no niega la autoridad intelectual de los colaboradores de la publicación. Las palabras de reconocimiento que dirige a ese grupo de escritores ofrecen un inocultable testimonio de respeto: "puede decirse que está hecha por distintos autores competentes la historia de la literatura nacional"²⁷, dice. Pero no obstante ese reconocimiento conciliador, no esquiva las críticas u objeciones a algún ensayo en particular.

25 La colección de *El Liberal* de los años 1895 en adelante que se conserva en la Academia de la Historia está incompleta, por lo que no me fue posible ubicar la carta que menciona Tavera Acosta.

26 La colección de *El Propulsor* que consulté en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional está muy incompleta, por eso tampoco pude verificar la información de Tavera Acosta. La colección que figura en el fichero de la Academia de la Historia parece ser que "se extravió".

27 Cito por la edición de Caracas: Presidencia de la República (Colección Fuentes para la Historia de la Literatura Venezolana, 4), 1972: 80.

Al examinar los trabajos que se refieren estrictamente al tema literario, no está de acuerdo con Pedro Arismendi Brito y con Domingo Santos Ramos, porque no comparte con ellos lo que llama "exceso de benevolencia" (p. 80) y la falta de "una crítica serena, juiciosa y concienzuda" (p. 80). En especial el de Domingo Santos Ramos le parece "que tiene mucho de efectista" (p. 82); el del Dr. Seijas piensa que "casi nunca aventura juicios propios" (p. 80); el del Dr. Ezequiel María González, "adolece de los mismos defectos que el de Ramos" (p. 84); el de Eugenio Méndez y Mendoza y el de Luis Ramón Guzmán los considera "los mejores de la obra" (p. 85). En lo que se refiere a la "Antología", dice que "no puede darse una antología más pobre, más lamentable y menos antología que ésta, tan sin cuidado y gusto" (p. 87).

No obstante las opiniones adversas de Bartolomé Tavera Acosta y de Gonzalo Picón Febres, el volumen ha quedado como referencia de lo que el país produjo en las diferentes ramas de la literatura, las ciencias y las bellas artes durante el siglo XIX. Cualquier investigador o estudioso de la producción intelectual venezolana que pretenda explorar nuestro siglo XIX tiene que acudir a esa fuente —me tienta el impulso de calificarla como 'inagotable'—, rico manantial básico de información.

En nuestro tiempo presente, la circunstancia de que los sectores oficiales hayan olvidado los actos, reconocimientos y/o recordatorios que reclamaba la fecha centenaria no le niega al *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes* su pase a la posteridad. Nosotros ahora sabemos que las omisiones también son significativas, que también el silencio es una manera de expresarse. Pero a pesar de ese silencio, también sabemos, y aquí le conferimos un nuevo giro a las palabras de Zumeta, que esa mudez no podrá conseguir que esa obra sea olvidada para siempre.

ABSTRACT

In 1995 it was completed the first centennial of the *First Venezuelan Book of Literature, Sciences and Fine Arts*. As in all fundamental book, this one holds a historic precedent and a historic continuance. In these pages this concept is organized; because of these reason, the three stages that sum up this process are shown here in detail. First, the re-enactment of the circumstances which served as genesis of the project. Second, the elaboration stage of the project itself. Third, the warm reception with which it was welcomed that, according to many, constitutes one of the most appreciable editorial efforts that has been produced in Venezuela during the last decade.

KEYWORDS

First Venezuelan Book, Positivism, XIX century, Jesus María Herrera Irigoyen, Julio Calcaño, Eloy G. González.